

De vuelos y otras realidades

Un viaje de ida y vuelta, aunque nunca se vuelve al punto de partida. Una búsqueda, una transformación que demuestra que para la vida no hay escape y todos los caminos llevan a casa.



Piso gris, cielo de infinito azul. Frío. Las calles me resultaban familiares, pero ciertamente no las reconocía. Era inútil buscar ayuda, pues las puertas de las casas estaban todas cerradas; sin ruidos, sin rastro de persona alguna. Excepto, claro, mi minúscula presencia.

Mis pies descalzos y sucios apenas sostenían mi cuerpo tembloroso, fatigado. El fuego de mi garganta se agudizó y volví la mirada en todas direcciones para asegurarme de que nadie me seguía, al menos por ese instante. Traté de reponer mi respiración; con las manos en las rodillas comencé a inhalar y exhalar, pausada y profundamente, pero no hubo mucho tiempo para el descanso.

Escuché pasos a la distancia y supe que tenía que continuar. Avancé muy deprisa, tanto como me lo permitía el cansancio. Mis piernas corrieron solo por instinto. Izquierda, derecha, calles sin rumbo. Solo había que avanzar sin siquiera pensar adónde, hasta que llegó el momento de rendirme. Seguir huyendo ya no era opción. Todas las calles parecían iguales. Estaba perdida y extenuada y no podía seguir. ¿Y si brincaba un poco, podría alcanzar la altura suficiente para ver por encima de las casas? Corrí para impulsarme y salté con la fuerza que me quedaba. El viento arriba era fuerte y me mecía a su antojo...

El asombro de mi hazaña me hizo olvidar mi realidad por unos segundos, y cuando miré hacia abajo, vi a alguien muy cerca del sitio que yo acababa de dejar. Volvió la asfixia, la agonía. Supe que no se detendría hasta alcanzarme.

Poco a poco fui descendiendo. Cuando toqué el suelo me sentía mareada y aun así volví a correr para impulsarme de nuevo. Salté mucho más alto que la primera vez y todo abajo parecía tan lejano. El viento me sacudió y me elevé todavía más. Sentí que no tenía gravedad y que mis pies ya no volverían a pisar la tierra. El terror ahora era

por lo desconocido, por perder el dominio sobre mi cuerpo, por lo difícil que resultaba respirar. La brusquedad del viento me impedía ver con claridad hacia dónde me movía. ¿Es lo que sienten las hojas caídas que el aire sacude sin ninguna consideración?

Quise llorar. Realmente quería bajar, sentir mis piernas firmes, correr, caminar, aferrarme al suelo. Era todo lo que anhelaba; la ansiedad me invadía y no podía contener las lágrimas. El deseo de volver empezaba a ser insoportable. Recordé que siempre he temido las alturas, no quería flotar ni seguir volando, solo volver. Cerré los ojos y lo deseé con todo mi ser. No sé en qué momento dejó de haber furia en el viento, de pronto me acunaba y lentamente empecé a descender.

Cuando por fin pude tocar el suelo sentí un inmenso alivio, aunque a salvo no estaba. Caminé de prisa entre las calles deshabitadas; me paré de tajo al doblar una esquina pues a pocos metros lo descubrí. El sudor de las manos me advirtió el peligro y la angustia hizo latir mi corazón tan fuerte que creo que ambos lo escuchamos.

Él también se detuvo. Sonrió descaradamente y se dirigió a mí con voz suave: "Pequeña, despierta, ya es tarde".

Esthefania Munguía Sánchez es integrante de Fomento Editorial de ECOSUR (emunguia@mail.ecosur.mx).

